

Pero el mayor y más inexplicable de los milagros  
 es que la misma muchacha volverá mañana  
 al combate, aromática, sonriente,  
 aurolada por su limpieza, con el corazón brillante y  
 lubricado,  
 dispuesta a romperse el alma para vencer  
 —este día sí— a la ciudad salvaje.

En “El imperio de la jacaranda” lo mismo que en “Balada del que vuelve a casa” el poeta se adelanta al prosista en una caminata jadeante; el arcoiris de antes vuelve a sus iridescencias primigenias; los colores de los grandes árboles del parque México alzan el vuelo y caen sobre el asfalto de la nueva barbarie; el recuerdo y la vivencia se entrelazan en el caduceo de un escritor decidido a resolver los cajones de su propia historia para encontrar la joya de los instantes que ha guardado celosamente desde su infancia.

Las memorias de un hombre joven suelen certificar sus fanatismos. Este libro está casi exento de ellos. Pasiones, preferencias, inclinaciones van formando el mundo que el poeta desnuda ante la torva mirada de su época. Este libro de Vicente Quirarte —un tanto marginal por los sellos editoriales que ostenta y por su minúsculo tiraje de 1000 ejemplares— constituye una lectura que se agradece por su desinteresado apego a la autenticidad, por la amplitud de sus registros, por la calidad de su prosa, y sobre todo, por esa peculiar manera de recuperar las grandes plazas o los pequeños rincones de este “circo de montañas” lleno de veneno que es la Ciudad de México. Si un fanatismo recorre esta obra es el del piadoso y obstinado amor a la ciudad vencida. Y en ese derrotero lo acompañamos todos.

MARIANO FLORES CASTRO

Aguilar Camín, Héctor. *El error de la luna*. México: Alfaguara Hispánica, 1995.

En el mercado literario aparece en mayo de 1995 esta novela con un éxito inmediato y contundente. A los dos meses, en plena crisis, se tira la primera reimpresión. ¿Qué factores intervienen para explicar esta respuesta de acogida tan clara por parte de los lectores? Con esta pregunta en mente se organiza la siguiente reseña.

Sin lugar a dudas la trayectoria de Aguilar Camín, como escritor y periodista, invita para que el asiduo consumidor de literatura eche

una ojeada a sus publicaciones, pero esta razón no es suficiente para explicar el éxito de la novela. Podemos, también, hablar de que el tema combinado de mujeres, locura de amor y secreto familiar juegan un papel decisivo para atraer la atención; sin negar lo anterior, es preciso darle a la estructura narrativa firme y sólida el peso más significativo. Gracias a ella, el lector queda capturado entre las redes de una trama complicada y satisfactoriamente resuelta.

Leonor, una joven hermosa es la conductora hacia el interior de un mundo de mujeres, entre ellas: La abuela, Mariana, Cordelia, Natalia y la madre de Leonor.<sup>1</sup>

Una vez que los antecedentes familiares —de una extraña mezcla de belleza, locura y pasión femenina— de las Gonzalbo se han puesto en claro, abre el autor, de un sólo golpe y con la precisión y rapidez de un excelente cirujano de la narración, el relato en pleno drama. En la casa paterna conviven el abuelo, la abuela, su hija con retraso mental y su nieta —huérfana de padres—. A partir de que la abuela lleva a su nieta, Leonor, frente al retrato de su tía muerta, Mariana, empieza a la luz de la luna el proceso de transubstanciación entre ellas. Esto da pie a que el autor realice las incisiones necesarias para llegar hasta la médula del embrollo y una vez que se ha cerciorado de haber tocado fondo, inicia con lentitud su labor de bordado uniendo cada uno de los hilos narrativos hasta no conducir al lector hacia la puerta, aunque ambivalente, de salida.

Todavía no encuentro a alguien —a quien le agrade este tipo de literatura de corte psicológico-detectivesco— que no agradezca la habilidad del relator para llevar la historia, no a un final cerrado, sino a un suspenso.

Todo parece indicar que la situación de la narración contemporánea se encamina por la ruta de las historias privadas hacia la visión íntima del pequeño mundo. Ya no son las grandes sagas políticas, sociales o históricas las que se convierten en ficción sino estos relatos “familiares” con problemáticas y personajes desgarrados por accidentes, pasiones, herencia o el azar de la vida.

Las preguntas —delirio y obsesión— puestas en Leonor acerca del destino y sobre la dudosa, pero deseada posibilidad de construir otra historia están presentes en el narrador y de rebote de una u otra forma en cada lector(a). El lector parece con su respuesta estar favo-

---

<sup>1</sup> No podemos dejar de mencionar que en la novela de Elena Garro: *Testimonios sobre Mariana* aparecen dos personajes femeninos, centrales con los nombres de Mariana y Natalia. ¿Hay alguna relación intertextual?

reciendo los textos literarios que refuerzan la línea reflexiva acerca de la identidad y la posible construcción de otra historia. Esta novela puede inscribirse dentro de la narración que busca estructuras bien construidas, no más malabares ni con los tiempos, ni con la técnica. El escenario novelístico actual presenta finales abiertos con una fuerte dosis de amarga realidad pero sin la carga patética de la falta de salida absoluta, o si la hay, solapadamente se desliza.

Es también interesante abordar esta novela tomando en cuenta que es un escritor hablando sobre mujeres. Aguilar Camín, como autor, mantiene en primer plano la vieja creencia en los efectos de la luna sobre el temperamento, especialmente femenino; sin embargo, en otra pantalla, hábilmente, introduce una de las enfermedades nerviosas más comunes del mundo contemporáneo llámase depresión o anorexia, como el síntoma de ese mal de amor que parece aquejar a ciertas mujeres. ¿Sólo a ellas?

Como lectora no deja de llamar la atención ese oscuro tratamiento de la pasión femenina según Aguilar Camín. Los personajes femeninos en esta novela son portadoras de una sexualidad irreprimible, que exudan por todos los poros. Ellas padecen de una falla en la localización de su objeto de amor, de su deseo como mujeres. Mariana lo tiene y lo pierde, la abuela lo pierde y lo recupera, Cordelia nunca lo encuentra, Natalia ni siquiera lo busca en lo humano y la madre de Leonor no tiene ni nombre propio. ¿Podrá la joven y única heredera Leonor encontrar el objeto de su amor?

En la perenne búsqueda del objeto amoroso de este ramillete de mujeres, el personaje de Mariana parece tropezarse con que su sexualidad ha sido “demasiada”, y así su hombre la ha perdido en la anorexia, la locura y la depresión. ¡Vamos, señor narrador que no es para tanto! El origen de su enfermedad reside, de acuerdo al personaje masculino, en ese amor a un otro, que ya no es precisamente el hombre que la ama. En ese delirio amoroso ya todo puede sucederle.

El personaje de la abuela es en mi opinión el más ilustre. Por una parte, llama a que el fantasma de su hija muerta habite a su nieta y por otra es ella y no otra, la que finalmente a través de contar la historia familiar exorciza a la nieta de los malos oficios de la luna, en ese errar por los caminos del amor. Esto suena a enseñanza de mujer mayor a joven mujer, la transmisión de la historia familiar que brinca una generación e intenta salvar de la locura y del delirio de “amor” a su sucesora, la hija de su hija.

¿Qué intenta decir este narrador con respecto a una generación de mujeres? ¿Acaso rehabilitar el discurso femenino amoroso de acuer-

do a las abuelas? O si el fin de Leonor al reencontrar a su viejo-joven amor es precisamente perderse en la luna, ¿acaso no hay entonces salida, y es el eterno retorno femenino? Son sólo preguntas.

MÓNICA RANGEL HINOJOSA

Rangel Guerra, Alfonso. *La cuarta presencia*. Ensayos. Monterrey: edit. Castillo, 1995.

El ensayo es una forma literaria que nos puede inducir a la reflexión, es válido entonces que de diversas apreciaciones sobre la vida o la experiencia extraídas del mundo real o la lectura surja el comentario, como se aprecia en los ensayos reunidos en este volumen.

El manejo que Rangel Guerra hace de la prosa, es fundamentalmente filosófico aunque sin dejar de lado su talento literario, esto también da la posibilidad de que el lector de estos ensayos reverbere sobre la manera de cómo el individuo, en este caso Rangel Guerra, ve el mundo.

Si bien el texto recopila una serie de ensayos sobre diferentes tópicos, se aprecia que al autor le inquietan cierto tipo de temáticas, en algunos de ellos hallamos una explicación del devenir del hombre en su relación humana y social, en otros una pauta para el entendimiento y comprensión de las obras de Franz Kafka, Alfonso Reyes, Elena Garro, Pablo Neruda, Williams Saroyan a propósito de homenajes, aniversarios luctuosos, etcétera.

En otro bloque de ensayos nos introduce a las circunspecciones que el autor hace sobre algunos planteamientos filosóficos que le inquietan; cuando maneja temas como la lluvia, la gente, el tiempo y el humanismo no hace sino remitirnos a diversas maneras del sentir y del pensar humano y cómo cada individuo lo llega a vivir dependiendo de la coyuntura en que se susciten, como es el caso de Nicolás Guillén, poeta cubano, en que nos da su interpretación de lo que para él representa la lluvia.

“Lluvia”

Bajo el cielo plumizo  
de la tarde lluviosa,  
llora el agua  
con lágrimas monótonas.  
Miro tras los cristales